

Víctor Resco de Dios y Daniel Moya Navarro

Diez bulos sobre los bosques

Salvo en los trópicos, la mayor parte de los bosques que existen hoy en el mundo proceden de la gestión forestal humana, y no de la acción exclusiva de la naturaleza

Imagínese un bosque espectacular, de ensueño, lleno de árboles majestuosos. Pues bien, lo más probable es que sea así de espectacular porque alguien ha estado ahí antes con una, o con varias, motosierras. Quizás le sorprenda lo que acaba de leer. En nuestro imaginario tenemos un serie de ideas sobre los bosques completamente falsas. Una serie de bulos que conviene desterrar para fomentar la gestión adecuada de los bosques. O, lo que es lo mismo, la sostenibilidad planetaria. Aquí destacamos algunos:

1.- La mano humana no debe tocar los bosques. El bosque primigenio, original, símbolo del paraíso terrenal, no existe. En Europa, por ejemplo, solo el 0,7% de los bosques son primarios, es decir, no han sido gestionados. En América esa cifra llega al 20%. Dicho de otro modo, entre el 80% y el 99% de los bosques no son naturales, sino culturales. Su estado de conservación depende, por tanto, del tipo de gestión realizada, pero no de si la hubo o no. La excepción son los bosques tropicales, donde sí nos encontramos con un 50% o más de bosques vírgenes.

2.- Talar árboles es malo. Un árbol puede arder en un incendio, pudrirse o ser aprovechado para consumo humano. La gestión forestal sostenible imita la dinámica forestal natural para aprovechar árboles que, de otra forma, se pudrirían o se quemarían con perjuicio para el propio ecosistema. Además, obtenemos materiales de construcción o energéticos con una huella ambiental nula (a diferencia de los derivados del



KRISIS'21

petróleo, acero y no renovables) o, incluso, positiva: se crea heterogeneidad paisajística, que aumenta la biodiversidad.

3.- Cuanto más verde y con más árboles, más natural y de mayor calidad. Lo cierto es que estamos sufriendo una epidemia de árboles. Las causas difieren entre países, pero la superficie forestal ha aumentado, y muy considerablemente, a nivel global en las últimas décadas. Esto repercute en un exceso de carga vegetal en el paisaje y el consecuente aumento de riesgo de gran incendio forestal. Los bosques tropicales se escapan nuevamente de la tendencia global. Ahí sí estamos sufriendo pérdidas importantes de superficie forestal.

4.- Los eucaliptos favorecen los incendios. Se ha cuestionado la

influencia de la expansión de las plantaciones de eucalipto en megaincendios como los de Chile y Portugal de 2017. Pero no existe ninguna evidencia científica que vincule la expansión de los eucaliptos con los incendios. En Portugal, donde los eucaliptos ocupan el 26% de la superficie forestal, el tipo de vegetación donde es menos probable que se inicie un gran incendio es, precisamente, el eucaliptal debido al manejo sostenible al que son sometidos.

5.- El fuego destruye los bosques. Los incendios forestales son naturales en la gran mayoría de bosques y matorrales. Con la excepción de los trópicos, el resto de la vegetación americana y europea está adaptada e incluso necesita incendios para su regeneración. Ahora consideramos el

fuego como el gran enemigo, cuando ha sido una herramienta útil cuyo uso no debemos olvidar.

6.- Los bosques están sucios. Los matorrales y las herbáceas no son suciedad, sino parte de la riqueza de los bosques. El riesgo de incendio no resulta de que haya maleza o matorrales. El bosque solo está sucio cuando los desaherivos tiran basura.

7.- Es necesario aumentar la superficie de reservas naturales para proteger especies. La mayoría de las especies protegidas no se encuentran en parques nacionales. Por lo general, basta con pequeñas medidas de adecuación de la gestión forestal adaptadas a la realidad de cada caso para favorecer las especies vulnerables. Además, cuando aumenta el área protegida en países ricos, se favorece la importación de maderas de países menos ricos y con leyes forestales que, en muchos casos, serán más laxas. Dicho de otra forma, los daños ecológicos en países terceros aumentan con la protección de los bosques en países ricos.

8.- La solución es dejar de utilizar papel. «Antes de imprimir este correo, piense si es realmente necesario». Esta coletilla que se lee en muchos mensajes se añade sin duda con la mejor de las intenciones. Pero seamos realistas: necesitamos papel hasta para ir al baño. La cuestión no está en si usar o no papel, sino en conocer su procedencia. Para ello, existen mecanismos que aseguran que proceda la gestión forestal sostenible, tales como la certificación forestal.

9.- Las repoblaciones son bosques artificiales o cultivos. Cuando alguien se fractura la pierna y, en la intervención quirúrgica, le colocan hierros y tornillos, sigue siendo una persona y no se convierte en cfborg. De forma similar, cuando un monte está muy degradado y precisa de 'cirugía forestal' en forma de restauración, el ecosistema no pasa a ser un cultivo, sino que mantiene su condición de bosque. Se han eje-

cutado programas de reforestación importantes en Chile, Argentina, España y otros países. Pasadas unas décadas, vemos que hasta el 80% de la cobertura en algunos espacios protegidos procede de pinares de repoblación. Actualmente, uno de los objetivos de esta herramienta de restauración es incluir la conservación y mejora de la biodiversidad, introduciendo especies y variedades locales, y no solo de árboles, sino también de arbustos y otras acompañantes.

10.- Un ecologista siempre protege el monte. Decía Ramón Margalef, el padre de la ciencia ecológica en España, que «el ecologismo es a la ecología lo que el socialismo a la sociología». Conviene usar la ciencia como tamiz para filtrar lo que es fruto de la evidencia y la lógica de lo que es ideología o sesgo personal. Actuaciones bienintencionadas pueden tener consecuencias catastróficas cuando no han sido apropiadamente tamizadas. Poner impedimentos a cortas sostenibles de árboles, por ejemplo, puede aumentar el consumo de combustibles fósiles y el riesgo de incendios forestales.

Los hombres aparecimos en la Tierra hace dos millones y medio de años. Nos hemos convertido en un componente importante de su dinámica ecológica, nos guste o no. Somos parte de la naturaleza y no algo ajeno a ella. Podemos elegir entre gestionar el monte, o abandonarlo a su suerte. Dicho de otra forma, las cada vez más recurrentes y severas perturbaciones (incendios, sequías, plagas,...) se encargarán de reestructurar aquellos ecosistemas que no gestionemos nosotros de forma ordenada y sosteniblemente. Es cierto que la naturaleza no nos necesita, pero nosotros a ella sí.

Víctor Resco de Dios es profesor de Incendios y Cambio Global en la Universidad de Lérida; Daniel Moya Navarro es profesor de la Universidad de Castilla-La Mancha. Este artículo ha sido facilitado por The Conversation España

Antonio López Peláez, catedrático de Trabajo Social de la UNED

Superdiversidad y cuidados

La complejidad de nuestras sociedades va más allá de las diferencias culturales o de origen. Por eso hoy en día hablamos de 'superdiversidad'. Los contrastes entre la España vaciada y la España urbana, entre la costa y el interior, entre los trabajos de mayor o menor valor añadido, entre los diferentes colectivos de inmigrantes (y la competencia, conflicto o colaboración entre ellos) y muchas otras diferencias generan una sociedad con muy variados problemas, demandas y aspiraciones. Pensemos por un momento en la extraordinaria diversidad producida por la longevidad. Más

allá del posible conflicto entre generaciones, lo que vivimos es la diferencia de intereses, estilos de vida y preocupaciones entre personas de muy diversas edades. Intereses que pueden articularse en movimientos políticos en defensa de sus legítimas preocupaciones. Movilizaciones como Teruel Existe pueden replicarse en otras para defender las pensiones o para señalar que los jóvenes también existen. Posiblemente la implosión del bipartidismo tenga que ver con esta superdiversidad, y con el hecho de que nos agrupamos para defender problemas y demandas específicos de nuestros

colectivos, desde la PAH hasta la defensa de la autonomía de los colegios concertados.

En una sociedad tan compleja, se refuerza la tendencia a refugiarnos en nuestro grupo, fortaleciendo nuestra identidad y rechazando la legitimidad ajena. Luchamos para que nuestros intereses, y solo esos intereses, tengan prioridad. Defendemos la legitimidad del grupo, y la estigmatización del contrario, en un movimiento que busca la destrucción del otro imponiendo la identidad propia. Eso explica que unos políticos digan que hay que 'echar' a los contrarios, expulsándolos de la vida pú-

blica y privada, abocándolos a la cárcel (como si no fueran conciudadanos). Pero claro, los insultados se organizan también. Aquellos que sufren cordones sanitarios, prepotentemente organizados por los que consideran que la legitimidad es solo la suya, resisten. Y al final, la negación de la diversidad genera violencia, malestar, agresión. Puede que algunos representantes políticos consigan así más votos o cohesionar su grupo, pero el movimiento profundo, la negación del otro y sus problemas acaba generando violencia.

Las políticas del cuidado, al contrario, nos abren paso a la experiencia de la superdiversidad. Cuando hablamos de cuidar, nos referimos a la vulnerabilidad como experiencia colectiva que nos afecta a todos, antes o después, desde las situaciones de depen-

dencia sobrevenidas por la edad, hasta los conflictos familiares o laborales, o los problemas de salud mental. Todos vamos a ser dependientes, todos lo hemos sido en nuestra infancia. Abordar la superdiversidad de nuestras sociedades, generando espacios de encuentro y participación, permite superar una dinámica violenta basada en la negación del otro y la estigmatización. Las políticas del cuidado son más efectivas porque nos reconcilian con nuestra superdiversidad. Nos permiten salir de nosotros mismos y reconocer las necesidades y demandas de nuestros conciudadanos, definidas por ellos mismos y no por nosotros. En definitiva, merecen la pena porque favorecen nuestra vida en común, más allá de la polarización y el conflicto como estrategias para conquistar el poder.